

La televisión: entretenimiento familiar



En épocas pasadas las familias acostumbraban reunirse en las noches para leer en voz alta un libro, ya fuera una novela, poesías; o la muchacha de la casa tocaba el piano. Después, con la llegada de la radio, se sentaban junto a ella a escuchar las aventuras o radio-novelas como la famosa *El derecho de nacer*. Con posterioridad, en los años 50 del pasado siglo, la irrupción de la televisión en las casas, se convirtió en un miembro más de la familia, un objeto imprescindible, que cuando se rompe toma los visos de verdadera tragedia doméstica. Recuerdo en ese sentido a una vecina que tuve, anciana sola, quien, al rompérsela su tv Caribe en blanco y negro, se cortó las venas; por suerte, pudo salvarse.

El aparato ocupó un lugar preponderante dentro del ambiente casero; su presencia majestuosa en la sala donde se reúnen los miembros de la familia, a su alrededor. Y un televisor pasó a ser una señal de solvencia. Sin embargo, la prisa de los tiempos conllevó a olvidarse de la mesa comedor y que, en especial los jóvenes, se sentaran o que todavía algunos lo hagan, enfrente a él con el plato en la mano, ya que no todos coinciden en el mismo horario; o lo que resulta peor, sucede que en algunas viviendas con alto o mediano poder adquisitivo, cada uno tiene uno en su cuarto, según dicen para evitar las rivalidades sobre la programación a seleccionar. Después nos quejamos del

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

desmembramiento familiar o de la incomunicación, cuando la estamos potenciando nosotros mismos al permitir esas actitudes. Ni hablar de las computadoras dispuestas para los juegos o nuevas películas o series, la mayoría en las habitaciones para su uso personal.

Y ahora se ha creado otra moda: el famoso “paquete”, para el que ni se necesita el televisor, con una computadora es suficiente; por supuesto, cada cual escoge dentro de los programas que se ofrecen, los de su preferencia.

Se ha hablado y se ha escrito muchísimo sobre este “paquete” que nombre más burdo no pudieron ponerle, la banalidad que brinda y otras cuestiones por el estilo. En la mayoría estoy de acuerdo, así como en que algo similar ocurría cuando se pusieron de moda aquellos “discos quemados” con películas de dudosa factura y calidad estética.

Lo que parece que nadie se ha preguntado bien es: ¿Por qué se prefiere el “paquete” a nuestros canales televisivos? Muy sencillo, porque la mayoría de la programación no es un paquete, es un “paquetón”.

No me detendré mucho en el análisis de la programación televisiva porque no es el objetivo del presente texto, pero nada más hay que fijarse en los programas. Los musicales, si todos no

son iguales son muy parecidos. Qué decir de los espacios estelares como las telenovelas; algunas mejores, otras peores, pero en profusión con tres o cuatro a la misma vez. No tengo nada en contra de perder el tiempo ante una telenovela que desde el primer capítulo sabemos lo que ocurrirá en el último después de estar aproximadamente 150 horas de descanso nocturno frente a la pantalla. Es la elección de cada cual.

No todo es tan malo. Ha habido intentos encomiables como la serie *Uno*, que por algo la incluyen dentro del “paquete”; y que, inexplicablemente, no la retransmiten mientras nos agobian con repeticiones de otros. Los programas que se dedican a proyectar filmes son más o menos satisfactorios; aunque algunos aburren por la tendencia de contarnos la trama casi completa.

De las series norteamericanas, todas de excelentes diálogos pero no de magníficos temas, sucede algo curioso. Podemos comenzar a ver una, ya sea por Multivisión o cualquier otro canal y, de momento, nos quedamos en mitad de la serie. Sucedió con *Sala de Urgencias* o por su nombre en inglés *ER* (*Emergency Room*), que la cortaron en la octava temporada cuando son 15, lo que se sabe porque el

Canal Habana la había transmitido completa hacía un tiempo, y también existe *Wikipedia* para consultar ¿por qué entonces defraudar a los televidentes? Máxime en un serial que evidencia el problemático sistema de salud de los Estados Unidos, donde si no tienes seguro médico, los médicos se ven atados de pies y manos. Muchos casos y dilemas éticos se pusieron sobre el tapete, que nos hicieron aborrecer aún más al doctor House que, aparte de su horario estelar, se trasmite en su totalidad.

Otra importante serie es *La buena esposa*, que muestra los entresijos de las leyes y de las elecciones en Estados Unidos, pero si bien comenzó a transmitirse por las noches; ahora, sin más explicación, la continuación de esas anteriores temporadas la pasan en horario de la mañana, en que la mayoría trabaja o estudia. ¿A qué obedecen estos desmanes? ¿Qué opción queda? Muy fácil, se encuentra en el “paquete”. En estos casos deberían, por un mínimo de cortesía con el televidente, notificarle que aún la otra temporada no se ha filmado o que no la poseen; y anunciar la continuación cuando la vuelvan a tener.

Everwood, por suerte, se transmitió completa hasta donde sabe-

mos, la que reflejó los problemas de dos familias de médicos en un pueblo perdido. Sobre todo, el dilema del protagonista, un famoso cirujano, quien a la muerte de su esposa, abandona todo para hacerse médico rural y además, tiene que terminar de educar a sus hijos adolescentes.

No obstante, hay muy buenos programas nuestros que pasan sin pena ni gloria. ¿Qué joven ve el instructivo *Escriba y Lea*? ¿Quién ha visto *Una vez a la semana* con la joven periodista estrella Cristina Escobar, que en cada ocasión nos presenta la labor encomiable de un colega suyo, o sabe apreciar *Bravo* o *Un palco en la ópera*? Considerados fósiles, programas que sólo ven los viejos, ¿por qué? Porque los jóvenes no han tenido en su plan de enseñanza ninguna asignatura que les eduque el gusto por el ballet, la ópera, los conciertos sinfónicos, y otros.

Sabemos que esta nueva generación que nos acompaña es eminentemente digital, pero si lo que más transmitimos son videoclips tanto nacionales como foráneos y en los noticieros culturales se privilegia para la promoción a los músicos, cantantes, actores de teatro y pintores, como si la literatura, la buena lectura no existiera. Aparte

de un breve programita en que se entrevista a un escritor, ¿en qué programa televisivo se promociona la buena literatura, la de Tolstoi, Carpentier o García Márquez? Porque con la escuela sola no se resuelve.

Aquellos programas que recreaban las obras teatrales o las novelas clásicas, conformaban un gusto y un deseo por consultar los originales. Por desgracia, otro que pudiera coadyuvar a esto, *Letra fílmica*, se emite en horario competitivo con las telenovelas.

Por suerte, nos quedan algunos como *Pasaje a lo desconocido*, e ilustrativos documentales, hasta de factura nacional, que en brevísimos minutos nos ilustran de la historia; y asimismo, de la llegada de los animales desde África hasta nuestro Zoológico, o de la cría de caballos de raza.

¿Nadie se ha preguntado por qué gusta tanto el programa de Pánfilo? Porque la mayor audiencia es de la tercera edad, la que predomina en Cuba y la que ve televisión más por hábito que por gusto. Por más que se esmeren en inundarnos con programas juveniles, ellos apenas los ven; el “paquete” les resulta más atractivo.

Después de este breve análisis, no podemos quejarnos de que se prefiera el “paquete” o la televisión particular en cada cuarto; depende del hogar, por supuesto, una verdadera educación cultural, no convertirse en una familia permisiva, y orientar a los adolescentes el camino de los autóctonos y verdaderos valores culturales.

